



LA isla de Lemuy tuerce la ruta del canal que sale al golfo. A lo lejos se divisan las costas del archipiélago de Quinchao, el perfecto relieve de sus islas como un mapa de pequeños países verdes, flotando sobre el color azul del océano; las costas de Chile, al Norte; al Oriente, tocando el cielo, los nevados picos de los volcanes.

Las montañas se inclinan sobre el mar, al borde de los secretos fiordos, proyectadas como ilusorias nubes; las tierras aparecen peinadas de melgas de papas, con sus potreros de *gualputra* (1), sus huertos de manzanos, sus manchas de bosques que bajan suavemente o se empinan hasta el horizonte.

Hay barrancos abruptos, abras y rías profundas, ocultas entre el follaje de los árboles; cabos y vueltas, surgideros y ensenadas; enredos de canales verdiazules; delgados caminos que suben o bajan o atraviesan la fresca verdura de las landas; lejanas casas, perdidas en la selva, arriba en la montaña, o al pie de las peñas sobre las playas, en torno de una iglesia de aguda torre.

Los sembrados suben por las lomas, se esparcen sobre las pampas, simétricos, con infantil gracia de geometría en torno de los campanarios; las papas asoman sus verdes tallos; los manzanos cimbran sus gráficas inflorescencias; ya nacen los almácigos de hortalizas; llegan las aves del mar, las aves de los bosques, las mariposas y las tibias brisas del Oeste.

Aquí, frente a Lemuy, en la Isla Grande de Chiloé, un paisaje de poesía o égloga circunda a Chonchi, encerrando el caserío de su aldea, entre el cielo, el mar y la montaña.

El pueblo trepa unas colinas, con sus casas pintadas de rojo, de gris, de blanco, dispersas entre los árboles; son casas de madera, de empinados techos, con largos corredores y un portalón que cierra el huerto.

La ancha calle se descuelga desde el cerro más alto, atraviesa la aldea, cae al mar.

Asentadas en gruesos pilotes de *luma* (2), veinte, treinta casas se internan sobre las aguas, semejantes a groseras embarcaciones de cuadradas proas; en los días de temporal, cuando los vientos levantan montañas de olas, se tiene la impresión de verlas navegar desveladas y naufragas.

En el puerto, el pequeño astillero es como una colmena; aquí se reparan los bergantines y goletas, cuyas quillas la broma ha barrenado; todo el mundo se precave para el tiempo de la pesca del róbalo, para la caza del lobo, para las expediciones al sur de las Guaytecas, por los Chonos y Taytao, en busca de las preciosas pieles de *chungungo* (3), o hasta las inhospitalarias costas del Pacífico, al Occidente, a lavar en las tolvas las arenas auríferas.

En el campo, hay que vigilar los animales, esperar la época de los *quechatunes* (4), traer de la lejana montaña de Tarahuín las delgadas tablas de alerce, refaccionar las casas.

Bajan de sus bosques los pobres indios *huilliches* (5), impávidos sobre sus caballejos; traen el oro que han recogido en las marinas de Cucao, las cargas de estopa, las sargas y *chiguas* (6) de mariscos, hilados y *choapinos* (7); y *chungas* (8) de manteca, con huevos y aves, pescados y algas. El terraplén del astillero es un mercado en el cual se truecan los productos, se vocean las medidas y el pueblo se apiña curioso...

La taberna de Urruztarrazu está llena de parroquianos; ahí se juega a los naipes, menudean los tragos, sigue la borrachera: Los *huilliches* beben sus vasos de aguardiente, silenciosos y taciturnos como

hombres que se resignasen a sufrir el peso de graves cargas. Luego se les ve, borrachos perdidos, subir la calle, rumbo a sus bosques, como viajeros que vuelven de largas caminatas.

Las mujeres llaman a sus maridos para la merienda; entre la sombra de la tarde, sus gritos se escuchan como traídos por el viento del mar: —¡Don Nícoooooo...; le preciiiisaaaaan...!

Y el hombre echa a andar desconcertado hacia su casa.

Llega el verano; con el verano, las cosechas. Y el año habrá dado otra vuelta.

Las brisas del Oeste refrescan el aire, limpian el cielo; el cielo es alto, azul, transparente; las humaradas de los roces se arrastran pausadas sobre los bosques, se esponjan sobre las aguas del océano.

Hombres y mujeres abandonan sus casas al amanecer, con el toque del alba, y se van por el campo hasta que cae el sol, con la hora del Angelus.

Inclinados sobre la tierra cavan con ardor; recogen los frutos en los *lloles* (9); apartan los *ahytus* (10); otros siegan el trigo, perdidos entre las espigas, o cortan los pastizales; conducen las carretas a los *campanarios* (11); se cruzan por los caminos; se escuchan las cantigas de los boyeros, las algazaras de los mozos.

De Lemuy vienen las chalupas tripuladas por familias enteras que se ofrecen para las faenas. Estas gentes lemuyanas traen las mejores cuadrillas para *tirar del mango*, trabajo pesado que agota las fuerzas.

Las gavillas caen en la boca de un armatoste de primitiva confección. Los duros engranajes de luma trituran las espigas, mientras el mango de la máquina voltea al compás de las brazadas.

—¡Vamos, chicoos...! ¡Halaaaa...! ¡Halaaaa...!

—Diez..., veinte..., cincuenta...

—¡Vamos, chicoos...! ¡Halaaaa...! ¡Halaaaa...!

Pero la gente lemuyana que *tira del mango* en las trillas, cumple su tarea al desgranar doscientos manojos de espigas, y, mientras los otros aguardan tendidos sobre la hierba, dentro del *campanario* siguen gritando:

—¡Vamos, chicoos...! ¡Halaaaa...! ¡Halaaaa...!

—¡Cientoooo...! ¡Cumplidoooo! —grita el tarjador.

Agotados, el pecho y la espalda mojados de sudor,

revueltas las mechas de la pelambrea, sueltan el mango y caen deshechos.

La campana menor lanza sobre los campos los sones del Angelus. Los labradores recogen sus aperos y se retiran al descanso.

En el pueblo, la playa, el terraplén, el muelle, se ven atestados de gente. Suena un acordeón, rasguea una guitarra, hombres y mujeres aplauden los corridos, animan los bailes. El pueblo se llena de música y de gritos.

Un mozo danza *la nave*, en medio del corro; ora se acerca a una muchacha, ora se aleja al otro extremo, con el sombrero en alto, la manta de hilados ahuecada como una vela; el canto golpea los oídos:

¡Busca tu vida, mozo,
por los rincones;
estará tapadita
cual los ratones!...

Se avivan los movimientos de la danza, y él va y viené solemne al ritmo de la barcarola:

¡Búscala, búscala, búscaláaaa!...
¡Si no la encuentras pronto,
a otro déjaseláaaaa!...

(1) Gualputra: hierba forrajera, semejante a la alfalfa.

(2) Luma: árbol de madera muy dura; especie de mirtácea.

(3) Chungungo: gato de mar.

(4) Quechatunes: las aporcas.

(5) Huilliches: indio chilote.

(6) Chigua: medida de capacidad, equivalente a seis almudes.

(7) Choapino: alfombra pequeña, tejida en los telares caseros.

(8) Chungas: vasijas hechas de una sola pieza de madera.

(9) Llole: cesto rústico, de totora.

(10) Ahytus: papas de gran tamaño.

(11) Campanario: cobertizo o choza que hace de pesebrera.

El danzarín ha escogido su moza, quien, tocada ya con el sombrero del hombre, avanza llena de gracia, balanceándose. La danza se torna entonces viva, ágil, alegre; la música, el canto, los palmoteos zarandean el aire. Ellos se mueven con los brazos en alto, giran en redondo, se apartan, se acercan; ella afecta desdén; luego, mimosa, le incita a cogerla, y él la coge por la cintura y dan vueltas rápidas para seguir con lentas precauciones; cadenciosos, ya avanzan, ya retroceden, enlazados amorosamente:

¡A la primera vuelta
súbete a un roble!...

Se detienen entonces; él se desprende; ella gira con las polleras ahuecadas, los brazos suspendidos:

¡A la segunda vuelta
se sienta el hombre!...

Ahora la muchacha está sola y danza con ligero pie; el murmullo tapa los acordes:

¡Busca tu vida, niña,
por los rincones;
estará tapadita,
cual los ratones!

Excitada, aturdida, mientras el pie del baile suena:

¡Búscala, búscala, búscaláaaa!...

Ella se yergue al lado de un mozo, el agraciado, echándole el sombrero a la cabeza.

El corro se divierte y grita; crece el entusiasmo; sigue la ronda:

A la primera vuelta
sube a la rama;
a la segunda vuelta
se va la dama...

Los *Fiscales* aguardan en las *casemitas* (12). Esto en Notuco, en Teupa, en Dicham y Terao, en Rauco y Canán; en cada capilla de la parroquia. Ahí se acercan los feligreses, llevando bolsas de harina morena, vasijas de chicha nueva, mansos corderos, vellones de la primera esquila: la ofrenda de las primicias; la tasa de los diezmos.

El señor párroco se mueve entre las aldehyelas, bendiciendo los campos, santificando las casas, armonizando las familias.

Por los canales, desde Chauques y Queilen, por las rutas de Achao y Quehue, desde Castro y Melinka, vienen las embarcaciones, con sus blancas velas desplegadas. Grandes goletas, minúsculos *bongos*, ágiles balandros, echan las anclas en la ría y desembarcan las tripulaciones. Otros peregrinos se desuelgan por las laderas de Pindaco y Tara, al trote de sus bestias; otros llegan a pie desde los villorrios cercanos. Aquí hay gentes de todas las islas; del archipiélago de las Guaytecas, de Cailín y de Coldita, de Huilad y Apiao, en las poblaciones de la Isla Grande, de Rauco y Nercón, de Agoní y de Teupa, de Canán, Tenaún y Terao; también de Lemuy y Chaulinec, de Imelev y de Imerquiña. Indios, mestizos y blancos; unos, pescadores; otros, labradores; todos, navegantes que han corrido los canales por el laberinto de las aguas magallánicas hasta el Cabo de Hornos, o se han aventurado por los mares de Chile hasta Arica o Guayaquil; bravos lobos de mar: ¡chilotes!

Hormiguean por el camino, halando la cuesta que sube hasta el Santuario. Se aprietan en torno de la hornacina sobre la cual se alza la imagen de la Candelaria.

Las campanas de la parroquia mueven sus badajos y sus voces vuelan por encima del mar, por sobre las islas.

El párroco avanza a la cabeza, seguido de *El Cabildo*; en *El Cabildo* van los *Supremos*, el *Fiscal* y los *Abanderados*, batiendo enseñas de colores. Roncos tambores golpean el aire; dos indios, de los principales, rascan sendos rabeles; otros hacen vibrar las guitarras; rompe a sonar una corneta.

Bajo los arcos de avellanos pasan las imágenes de los santos, llevados en andas; la Virgen de la Candelaria, venerada reliquia colonial, que salvara a Chonchi de los piratas holandeses; San Miguel, con un fiero demonio ensartado en la punta de su lanza; San Ignacio, de duros ojos, calvo; un San Francisco casi cubierto de ex votos, collares de vidrio, estolas; San Antonio y el Niño, y diez más; todos de bulto, de palo de *luma*, clavados por los pies sobre las andas.

El clamor de los peregrinos sube y se extiende; este clamor es destrozado de súbito por las descargas de unos fusileros apostados a los pies del Santuario. Las mujeres caen de rodillas, avivan a la Virgen, arrojan a su paso manojos de azucenas, cantando sus loores, que agitan el aire como un plumero de gritos monocordes:

Virgen de los marineros,
sálvanos... Amén...
Guía de los navegantes,
acórrenos... Amén...

(12) Casemita: edificio pequeño, contiguo a las capillas y destinado a despensa.

El vocerío gorgorea y se apaga; un soplo de supersticioso temor queda flotando sobre las cabezas, cae sobre el polvo para levantarse de nuevo:

Santa Patrona,
bendita seas...

Entre disparos de fusiles contra los imaginarios piratas de Holanda, entre música de rabeles y ásperos golpeteos de cuero y espesos toques de corneta, los santos de palo avanzan enhiestos, fieros como soldados en un campo de victoria.

El cura va adelante, soberbio, dignamente; parece una figura escapada de una estampa con su ropón y su casulla adornada de piedrecillas.

Frente al Santuario se detienen. El *Supremo* (13) saliente acomete la ceremonia de la entrega, y se retira con sus allegados; el nuevo *Supremo* permanece al pie de la hornacina, batiendo la azul enseña de la Candelaria.

Los días de invierno pasan con su carga de lluvias y de vientos. El pueblo se arrebujá entre las cuevas de sus cerros, colgado al borde del mar, bajo los truenos, bajo la negra esponja de un cielo que se mueve al acorde del océano embravecido. El caer del agua golpea los techos, asalta los refugios de los pescadores, pone su frío lustre sobre los árboles, los sembrados, las piedras; colma los cequiones y huye calle abajo, dibujando su precipitada carrera, arrastrando hojas, ramas, blancas espumas.

Se vive bajo la lluvia pertinaz, enloquecida entre las ropas del temporal que viene empujado desde el Norte hacia los golfos magallánicos. Allá abajo se revuelve al pie de los cerros; asalta los farallones de Cululil; levanta las mareas; avanza sus olas, su ronco clamor, soplando y soplando, mar afuera, mar adentro, las corrientes de Chacao y Huafo.

La niebla vela las distancias; las faenas en el mar se paralizan; las grandes goletas que vienen de Terao pasan rayando las casas, sin detener su carrera; las aves vuelan y vuelan en filas interminables y se pierden sobre el océano, siguiendo la dirección de los vientos.

Los hombres de la aldea merodean por la playa, por entre las casas; se meten en la taberna a beber sus tragos de aguardiente o se quedan agazapados bajo los aleros, mirando caer los gruesos hilos de la lluvia.

Las noches son frías, largas, interminables. En las casas bulle la animación familiar de los cantos, velados por el rumor de las olas, el caer sin fin de la lluvia, el ulular pavoroso del viento.

El brasero de canchagua, como una gran flor de fuego, aroma de dulces olores la sala; las mujeres ceban el mate, sirven trozos de carne, de *milcao* (14), de queso; azucaran las brasas. La india de la servidumbre hace bailar sobre el enraje los husos de hilado, callada en su rincón. El abuelo sienta en sus rodillas al muchacho; los hijos conversan en voz baja; el padre duerme en el estrado.

Afuera hay un tiempo de todos los diablos. Tingles y techos se remecan al embate del viento; se inflan como velas los cortinajes, y parece, de súbito, como si todo el pueblo se hiciera a la mar inesperadamente.

En otros tiempos, Chonchi estuvo asentado sobre el cerro más alto, a un paso de los bosques. Sus pobladores eran gente industriosa, labraban sus tierras, exportaban en grande; había alambiques para extraer el alcohol de la cosecha de papas y trigos que sobraba; se aprovechaba el *traiguén* (15) en el molino; había aserraderos para la elaboración de la madera, un astillero en la boca del abra; se lavaba oro en las arenas de los ríos; vino la afortunada expedición a las Guaytecas en busca del ciprés, y una época de grandes negocios madereros dió a Chonchi una envidiable nombradía.

Esto ha desaparecido ya.

Siembras de papas, pequeños cultivos de trigo y lino, crianza de animales, un pequeño comercio y los trabajos y viajes marítimos ocupan hoy las actividades de sus pobladores.

Alguna vez arraigan entre ellos los blancos o *castellanos* (16), gentes sencillas, laboriosas, de añejas costumbres españolas, acogedoras, supersticiosas, unidas como en un clan por remotos y renovados vínculos.

Si alguno entre ellos abandona la isla, la familia ha de quedar aguardando su regreso; enriquecido o pobre, viejo o enfermo, el chilote volverá para morir sobre la cuna, en que su madre le echó al mundo, y amortajado en la cobija que le abrigó al nacer, le meterán a descansar su muerte bajo un metro de tierra, dentro de un ataúd que es como un barco.

Y en el cementerio, que está sobre el alto de Huicha, se levanta la enorme cruz de madera que orienta las aves y las naves.

R U B E N A Z O C A R

(Capítulo de la novela *Gente en la Isla*.)

(13) Supremo: el Alcalde Mayor en El Cabildo.

(14) Milcao: pan de papas.

(15) Traiguén: caída de agua en los ríos; cascada en donde se bañan los brujos o se bautizan los hijos de éstos.

(16) Castellanos: gente blanca; descendientes de los colonizadores españoles.